

## N i ñ o

“¡¡¡No va a nacer, no quiero que nazca!!!”, gritaba una mujer histérica mientras golpeaba ferozmente su vientre que albergaba un niño. Yacía inmóvil en su cama por las complicaciones del embarazo. Sufría y hacía sufrir. Transpiraba.

“Pero Mamá, por favor”, intentaba tranquilizar Papá a su esposa. “El nene está escuchando”, continuaba con obsecuencia.

Eran míseros intentos. Mamá continuaba castigándose con brutales tormentos en su vientre. Nada podía hacer Papá. Nada hizo.

“¡¡¡No, No, No!!!”, escuchaba un niño de ocho años que se estremecía con esos crueles gritos de un animal salvaje. Por suerte encontró una manera de escapar a la locura de su madre: subía las escaleras corriendo hasta su habitación, apagaba la luz, se tiraba en la cama boca arriba con los ojos cerrados y se tapaba las orejas hasta no escuchar el sonido del viento. Se sumergía en otro mundo e imaginaba relaciones inimaginables entre sus padres. “Papá, estoy embarazada. ¡Vamos a tener otro hijo! Hijo, vas a tener un hermanito. ¿Estás contento?”, decía Mamá en las esperanzas del niño. Entonces su padre exclamaba: “Pero qué alegría. ¡Vamos a comunicárselo a Ofelia, a Santiago, a don Matías! ¡A todos nuestros amigos! Voy a ir a tocar el timbre de nuestros vecinos y gritarles con alegría: ¡Otro niño llegará al mundo!”.

“Nooooo. ¡¡Más hijos noooo!!!”, los malditos quejidos lo hacían volver a la realidad.

Papá siempre fue muy débil. Un tipazo pero débil. El también adoptó una forma de evadir la locura ciega. Agarraba la radio portátil y el pan viejo del día anterior y lo mojaba. Iba hasta el

jardín y esparcía una gran cantidad sobre el césped. Antes de llegar al minuto una decena de palomas ya estaban devorándose la comida. Papá se sentaba en el banco blanco y cruzaba sus largas y pálidas piernas. Sintonzaba la radio en FM Clásica y cerraba los ojos. Pero no podía soñar en un mundo sin Mamá.

Papá ya se había marchado y él estaba jugando en el jardín de atrás de la casa con Diana y Dama cuando su madre se le acercó. Estaba corriendo y se tiraba por el piso mientras las perras lo saltaban por encima. El sol de la tarde quemaba en sus blancas piernas. Se asustó. La mujer que años atrás tenía un parecido asombroso con Marylin Monrroe estaba pálida y sus ojos estaban cansados y muertos. Denotaban cansancio. A la vida. El nene estaba sentado en el piso y miraba hacia arriba tapándose los ojos con la mano por el sol que encandilaba. Mamá se agachó y empezó a acariciarle suavemente el pelo. Estuvo cinco minutos así y ninguno pronunció palabra. Nunca intercambiaron palabras en toda su vida. Lo miró y le dedicó una mirada sin ojos. Porque no los tenía. Volvió a la cama y siguió aullando y gritando y chillando y sufriendo.

La tía Ester también sufría pero ella no necesitaba una forma de escape porque era más fuerte que ellos. Había llegado a la Capital seis años atrás para criar al nene. Ya tenía 53 años y siempre se mantuvo casta y soltera. Sin embargo era la más alegre de todos y se encargaba de mantener la armonía en el hogar. Cuarenta y siete años se dedicó a mantener la armonía en el hogar y sin embargo cuando murió nadie se lo había agradecido.

Papa volvía del banco a las siete de la tarde. Dejaba su sombrero en el perchero y se dirigía a la habitación a saludar a Mamá. Era su rutina. Sombrero-perchero-Mamá. Sombrero-perchero-Mamá.

El nene estaba entretenido y concentrado escuchando las aventuras de Tarzán por la radio. La tía Ester estaba tejiendo una pequeña bufanda azul cuando Papa se acercó. Se sentó en la mesa y su hijo observó que tenía esa mirada triste que ya había visto otras veces. Se agarró las manos entre los dedos, miró para abajo, luego a la tía y después a su pibe mientras unas lágrimas caían por sus mejillas y navegaban como barcos por sus arrugas. El niño, muy excitado escuchando como Tarzán salvaba a la bella Jane de un feroz león, leyó en los labios de su padre: "...perdió al nene". La tía alzó la vista para mirar a Papá y movió la cabeza negativamente. Volvió su atención a la bufanda y el nene continuaba excitado con la serie. Esta vez hizo fuerza e impidió que el llanto resbale por sus tiernas mejillas. Otras tantas veces ya se habían inundado.

16 de febrero de 1998.